

San José, Costa Rica, 1.º de Mayo de 1894

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

N.º 4

CONTENIDO

I, Mayo alegre—II, En el mar
— III, Aída—IV, Preocupación—
V, Adden, el violinista—VI, El
triunfo de un poeta—VII, Toros.

Tip. Nacional.



Mayo alegre

Mayo alegre, mayo alegre, ¿por qué has venido ahora tan triste, como si vinieras de duelo, como si estuviese enferma tu divina madre, la vibrante Primavera? Eres un mayo gris, un mayo que viene acompañado de brumas invernales y de pálidas y desoladas horas. He querido ir á cortar tus primeras rosas, y he vuelto meditabundo; pensé en cantar la canción de los nuevos amores y he encontrado en tu melancolía una valla para mi despierto entusiasmo. Las rosas del jardín han arruinado sus lindas sayas rojas y blancas, por culpa de la llovizna. Han perdido sus collares de diamantes; están desesperadas unas, otras muertas; han vivido un minuto; se han abierto buscando la caricia del sol y se han marchitado antes del tiempo que señala el verso de Malherbe. Y una ilusión mía, rara flor de mi ensueño, también es ya difunta y yace marchita, mayo alegre, mayo alegre!

*
* *

Mayo alegre, mayo alegre ¿te acuerdas cuando mi alma te contempló extática por la primera vez, en el encanto mágico de su adolescencia? Respiré tu aliento, besé la orla florida de tu manto real; porque tú me ofrendaste aquella blanca margarita que dí á la niña de catorce años, para que la deshojara delante de mí. Y ella la deshojó, sonriendo virginal.

mente, como una santita llena de amor; y el último pétalo de la margarita dijo que la niña me quería mucho! Aplaudió el corro de las alegres amigas; mi amada sintió en su rostro la dicha de su rubor; tú hiciste que una ráfaga tuya estremeciera los rosales cercanos; una mariposa azul rozó con sus alas la nitidez de un lirio; y yo gozoso y triunfante, era un príncipe dentro de mi corazón. Recuerdas que los ojos de aquella niña eran negros, negros, y la entrada de su pecho blanca, blanca, mayo alegre, mayo alegre?

*
* *

Mayo alegre, mayo alegre, ¡cuantas veces te encontré después, y eras siempre mi amigo, y eras tú quien llevabas en tu carro maravilloso el ardiente mensaje, la estrofa del deseo, el beso de la pasión! A tu espléndido sol ví un día de oro cómo es bella la luz sobre el verde y fresco laurel. Tu aire armonioso acarició mi frente, y sentí como ansias de hundirme en el azul infinito; la gloria, de inmensas y luminosas alas, pasó delante de mis ojos, como una visión augusta y sideral; se conmovió mi espíritu y en mi sangre sentí infundirse tu eterna savia. Qué alta es la montaña! exclamé. Y tú me dijiste en tu soberana lengua: Sube! Allá arriba se cernían en círculo incomparable las bandadas de las líricas águilas. La Verdad estaba en el cenit; y de la cumbre de la montaña para lo alto, el Arte extendía su escala, más brillante que la de Jacob, entre los resplandores del prodigio. Y yo por tí anhelé la suprema ascensión, porque los desfallecimientos y las angustias no fueron capaces de llegar á poseerme; pues resguardabas el comienzo de mi vida, poniendo ante mi deseo la sagrada palma y la corona inmortal de los escogidos. Y yo te creía entonces, y bajo el cielo azul cantaba tus soberbios himnos, mayo alegre, mayo alegre!

*
* *

Mayo alegre, mayo alegre, ¿por qué has venido ahora tan triste? . . . No te presentes nunca así, delante de los pobres soñadores. Cuán dulce es el engaño si es eterno! Deja á los que creen su fe, á los que aman su amor, á los que esperan su esperanza, tú, que eres el símbolo inmortal de la Juventud! Ilusión inefable, magníficos mirajes, no desaparezáis jamás del cielo del poeta. ¡Fuiste tan bueno en mi niñez conmigo, y luego me has hecho gozar y soñar tanto en la primevera de mi vida, mes de mayo!

Mes de los pájaros, mes de la teológica Rosa Mística, mes de María, ven siempre resplandeciendo y cantando cuando ya tu amigo descansa en el último sueño. Ven, lleno de sol, melodioso, real, pontifical: y á los jóvenes que vienen, á tus amigos futuros, dales margaritas para sus novias; y flores, muchas flores para la tumba de los poetas, mayo alegre, mayo alegre!

RUBÉN DARÍO





Cuentos míos

(EN EL MAR)

I

¿Qué sucede? pregunté acercándome á un grupo de pasajeros que rodeaban al mayordomo del vapor.

—Ha muerto un niño, me dijo, de una de las familias italianas que van en segunda, y advertía á estos señores que la ceremonia de arrojar el cadáver al agua, se efectuará en la tarde, á eso de las seis, por si quieren presenciar el espectáculo, que es á la par triste é imponente. En breve circuló la noticia, produciendo general emoción.

Sucede en el mar como en las cárceles. Los afectos brotan con prodigiosa espontaneidad, todos corremos el mismo riesgo y sobrecogidos por la idea de un peligro probable, nos acercamos los unos á los otros con la afectuosa fraternidad del miedo.

En el mar no se conocen los misántropos: la falsa posición en que nos encontramos desde que la nave deja el puerto, suaviza todos los caracteres y pone en las almas como sed de cariño, un cariño interesado pero con la apariencia de la más franca sinceridad.

Volviendo al caso concreto, repito que la noticia apesadumbró todos los ánimos.

Hasta las más encopetadas *missis* bajaron á visitar la familia infeliz, tomando por ella vivo interés, como si se tratara de verdaderos y viejos amigos.

Por lo que á mí toca, sentí hondamente la desgracia, sobre todo, cuando supe las circunstancias especiales de la pobre familia. El padre era ciego y ganaba

la vida tocando violín; la madre, una napolitana de negros ojos tristes y grandes, echaba las cartas diciendo la buenaventura y un hijo como de nueve años, bailaba tarantelas al son del violín, ó acompañaba á su padre con la pandereta. Una desgraciada familia vagabunda, unos verdaderos zíngaros á pesar de su sangre latina. El muertecito era el último de los hijos y había nacido hacía apenas cinco meses.

Estos detalles me los daba la madre que sentada sobre un lío de ropa tenía en su regazo el pequeño cadáver.

Al fin de la comida y cuando ya íbamos á abandonar la mesa, nos suplicó el capitán que certificáramos con nuestras firmas un documento que se nos presentaría después del *entierro* del niño, y que era la constancia de haber muerto aquél á bordo, de muerte natural, y de haber sido arrojado al agua.

Sin excepción alguna nos reunimos todos los pasajeros sobre cubierta, como á las cinco y media, para esperar la hora determinada por el capitán. Las señoras siempre amantes de la forma se ingeniaron del mejor modo posible y con cintas y flores de trapo arrancadas á sus sombreros, formaron guirnaldas y coronas. Venían á bordo como quince niños, á todos se les puso un crespón negro en el brazo y se les dividió en dos hileras formando valla por donde debía pasar el cadáver.

A penas apareció éste sobre cubierta el capitán tocó una campana y la máquina fue parada en el acto.

Hubo un detalle verdaderamente conmovedor, el difunto venía metido dentro de la caja del violín del viejo.

Un marino de cara hozca y barbudo, á horcajadas sobre la baranda, esperaba con una cuerda en la mano, al extremo de la cual había una gruesa bala de hierro.

Todos estábamos con las cabezas descubiertas. El Capitán leyó el documento en el que se indicaba el nombre del muerto y el certificado del médico en

que expresaba la enfermedad de que había sido víctima.

La madre sollozaba de hinojos al lado del extraño ataúd; el padre con la cabeza levantada, y los ojos abiertos con esa fijeza imperturbable de los ciegos oraba; y el hermanito mordía el ala raída de su sombrero de fieltro que repasaba entre sus manos mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas flacas y pecosas.

Terminada la lectura del documento el capitán dió la orden de liar la caja en una bandera italiana y atarla á la cuerda de que ya hemos hecho mención.

La madre redobló sus sollozos, echándose sobre la caja que besaba con arrebató mientras decía todas esas palabras mimosas que constituyen el vocabulario afectuoso de las madres: cielito, adoración, encanto, tesoro; y aferrándose á su presa gritaba con todos sus pulmones: no me dejes, llévame, llévame contigo.

Aunque la mayor parte de los circunstantes no entendíamos sus palabras, el acento de pena profunda con que las pronunciaba, su aspecto desolado, su desesperación, contagiaron á todos, y á más de unos ojos acudieron las lágrimas.

Un paisano de la infeliz la separó casi á la fuerza del lugar, el niño condujo de la mano al cieguito que se tambaleaba como un borracho.

Entonces la caja fué puesta sobre la barandilla. El capitán dió la orden y en el acto la lanzaron al aire. Todos estábamos echados de pechos sobre la baranda.

Fué una impresión de un segundo, pero terrible: primero el silvido de la bala al descender, en seguida el choque en el agua que salpicó con fuerza, luego una pequeña circunferencia que se reprodujo muchas veces agrandándose progresivamente, después algunos girones blanquecinos, pequeñas burbujas que estallaban á flor de agua y que acabaron por formar un copo de espuma, símbolo de aquella alma pura é inocente.

El cielo estaba espléndido, el mar tranquilo, en el linde indeciso del horizonte, el sol en una soberbia apoteosis de llamas vivas se hundía lentamente refle-

jando sobre el pequeño lomo de las olas tintes de oro rojo, era como una gran llanura incendiada, movable, espejeante.

A mí, más poeta que mis compañeros, me pareció el sol un ojo inmenso enrojecido por el llanto; aquel mar lo formaban sus lágrimas. Era el ojo de un cíclope que lamentaba con nosotros aquel pesar ajeno, con esa piedad fraternal, profundamente humana que invade los corazones, bajo el cielo azul, y sobre la espantable soledad del océano.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.





A I D A

Hoy es un capullo: mañana será espléndida rosa. Hoy es una esperanza: bien pronto será la ilusión realizada.

* * *

Tiene diez y siete años, casi diez y ocho. Está en el linde de la juventud, en el delicioso crepúsculo en que luchan tintes adorables de la niñez que se va y de la pubertad que apunta. Y en su cara peregrina hay á veces el candor del ángel, el destello del fuego de la mujer. Sonríe como sonríen los niños: mira como miran las mujeres.

Le gustan las muñecas y ama los bailes. La he visto besar una muñeca y en sus labios voluptuosos, húmedos de pasión, se adivinaba la llama de mujer meridional: he oído á un hombre decirle palabras de amor y lo ha tomado á broma.

¡Qué encantadora es! ¡Qué enloquecedora será cuando de lleno éntre en la plenitud de la vida!

Su sonrisa franca, musical, ingenua, su conversación llena de chiste, refrescan el espíritu. Su mirada profunda entra como una saeta y produce la impresión de una gota de agua que inesperada resbala por el dorso.

* * *

Hoy tomaría con ella *chartreuse*, una, dos, muchas copitas del licor verde y á su influjo sentiría un

dulce sopor, un aflojamiento de nervios, una pereza voluptuosa y poco á poco, con su linda cabecita recostada en mi hombro y acariciando sus crespos cabellos, me dormiría soñando con ella, con las flores, con perfumes suaves.

Mañana beberíamos champagne, el dorado licor que ama Cupido, una, dos, muchas copas, y á su influjo, loco, embrutecido, le abrazaría casi hasta ahogarla, la besaría con rabia de besos, en la boca, en los ojos, en la nuca, y me dormiría soñando morir entre sus brazos, el pecho junto al pecho, el labio junto al labio, en infinita, embriagadora posesión.

Hoy la niña inspira cariño suave, purísimo: mañana la mujer inspirará delirio.

Hoy su carita divina nos hace pensar en lo bueno y el reflejo de sus gracias infantiles da vida y calor á sentimientos plácidos. Mañana su belleza regia, abrumadora, sus formas de Venus Afrodita, el incendio de su alma que se adivina en el fondo de sus pupilas, producirá el vértigo, la locura; y el hombre á quien ella ame será capaz por ella de todo,—de la blasfemia, de la infamia, del crimen.

RODO.





Preocupación

Cual labrador que con pujante brío,
Del sol naciente á los fulgores rojos,
Devastando del campo los abrojos,
Granos siembra en el surco á su albedrío,

Y en la noche, al oír el viento frío,
Se le llenan de lágrimas los ojos,
Porque teme encontrar sólo rastrojos,
Donde soñó la mies en el estío;

Así yo que en mis verdes primaveras,
Siembro por mi camino las quimeras
Engendradas en días halagüeños,

Al sentir los rigores de la suerte,
Temo que el soplo de temprana muerte
Destruya la cosecha de mis sueños.

JULIÁN DEL CASAL





Adden, el violinista

La última nota de una rapsodia de Listz vibraba aún en el aire, cuando la bella Luisa que acababa de interpretar á este gran compositor con tanta maestría como talento, se levantó del piano para sentarse al lado de su padre á quien besó en la frente.

En un diván turco á cuyos pies se extendía una magnífica alfombra de Persia, estaba sentado el ya anciano y achacoso padre de Luisa, extasiado por la música que ejecutaba su hija. En compañía de la que era su única heredera, bella joven que apenas contaba veinte años, su frente se llenaba de arrugas cuando pensaba que aquella hija que el cielo le dió, aún no se había decidido por ningún hombre.

El anciano tomó entre sus manos la linda cabeza de su hija, mientras le acariciaba los cabellos de oro pálido, fijó la mirada en aquellos ojos color de cielo azul, que tantos recuerdos tenían para él, por ser un vivo trasunto de los de su esposa, y con la afabilidad propia de quien concentra en un sér todo su cariño, le dijo:

—Luisa, tú que sientes con tanta pasión el divino arte de la música, y que fuera de las locuras propias de tu edad, eres tan juiciosa en todo, porqué no te has fijado en alguno de los jóvenes que solicitan tu mano?

—¿Quiéres saberlo? dijo la niña, porque todos esos jóvenes son tan vanidosos, que no piensan más que en su persona y en sus necedades. Yo necesito alguien que me comprenda y sobre todo que sea un artista. Si quieres satisfacer tus deseos de verme des-

posada, vé á traerme á ese célebre violinista Adden, que vive allá del otro lado de aquellas montañas que se divisan desde esa ventana. Dirás, añadió, que es un capricho mío, pero estoy enamorada tanto de su fama, como de su buena figura.

Se levantó de su asiento para ir á traer un album forrado en raso color lila, pintado á la acuarela, y poniéndolo delante de su padre, le dijo con una sonrisa de chiquilla consentida: contempla el único que podrá llamarse tu yerno, por quien mi corazón palpita, y el rubor tiñe mis mejillas, siempre que leo alguna de las crónicas en que admiran su talento de compositor, ó su nombre resuena en los aristocráticos salones de esta capital. Vete mañana mismo á buscarle, para que de mi parte le digas, que una de sus más grandes admiradoras se considera muy dichosa, al poderle ofrecer junto con su mano, sus inmensas riquezas. Que juzgue por este retrato que le llevarás, si por mi belleza y mis atractivos, soy digna de compartir con él, los laureles de su gloria.

* * *

Montado en una hermosa mula, bajo un sol abrazador, en compañía de dos sirvientes y caminando despacio por ser muy quebrado el camino, iba al siguiente día el anciano padre de aquella mimada niña de cabellos de oro pálido y ojos azules con dirección á la opulenta Paraná, cuna de nuestro héroe, á cumplir el capricho de su hija, que bien pudiera decirse era el de una coqueta ó neurótica, pero que su complaciente padre iba á desempeñar de la mejor buena voluntad.

Al cabo de dos días de un penoso camino, llegó por fin el buen señor á la casa del célebre violinista.

—Vengo, le dijo, en nombre de mi hija, cuyo retrato es presente, para ofreceros su mano y mis riquezas. Pero antes, es necesario que le haga una aclaración para que juzgue cuales son los sentimientos que mi hija abriga por usted. Cortejada por lo más selecto de la juventud de la capital, había permanecido indiferente para todos, hasta que oyó la fama de su ge-

nio musical. Amó primero sus composiciones, y habiéndolo visto en retratos y periódicos ilustrados, se enamoró también del artista; concluyendo por manifestarme que sólo daría su mano al renombrado maestro Adden.

El pobre violinista, que era todo lo que podía llamarse un buen mozo en la parte superior del cuerpo, tenía el defecto de ser pequeño de estatura, estevado con los pies vueltos para adentro, lo que le daba á las piernas una forma de O, por lo que servía de irrisión á los muchachos.

—Partamos mañana mismo, contestó Adden, frotándose las manos en una explosión de verdadera alegría.

En la mañana del siguiente día, cuando pájaros y flores, hombres y animales, sacuden sus aletargados miembros del sueño de la noche, iban nuestros hombres camino de la capital, charlando alegremente sobre el carácter de la bella Luisa, sus gustos por la música y la literatura y su modo de ser tan espiritual, que era el encanto de los salones, no solo por sus inectivas inimitables, sinó también por su conversación salpicada de las más chistosas ocurrencias.

Al caer de la segunda tarde, después de haber dejado tras sí la última pendiente, aparecieron las torres de las iglesias, las casas y otros edificios de la muy ilustre capital de la República Argentina, Buenos Aires, emporio de riquezas é industrias mercantiles.

El sol se hundía en su lecho de oro y topacio, cuando el padre de Luisa y su huésped entraban al jardín de la hermosa quinta habitada por la niña de cabellos rubios, quien de pie en el balcón estaba vestida con esa coquetería femenina de la mujer que quiere agradar. En sus manos se agitaba un pañuelo de finísima batista, y con una sonrisa encantadora que revelaba la inmensa felicidad que sentía en su corazón de virgen, saludó tanto á su padre como al compositor, quienes cubiertos de polvo y en sus

caballos aún, saludaban á la hermosa entre las hermosas.

No bien hubieron echado pie á tierra, cuando Luisa al ver la extraña figura del compositor, prorrumpió en una risa burlona, de entre la cual se oyeron estas palabras:

—Pero padre mío! ¿por qué me has traído ese monstruo patiestevado; quién quieres que se case con él?

Paseábame una tarde por los alrededores de la ciudad y admiraba un soberbio edificio rodeado de jardines, cuando me impresionaron de repente los melodiosos acordes de un violín. Salían de aquel arco, manejado por mano maestra, notas tan quejumbrosas y tiernas que despertaban en mi alma los sentimientos más delicados. A las tempestades, seguían las plegarias, los ayes, los suspiros; esos sonidos interpretaban todo cuanto de noble encierra nuestro ser y que el lenguaje humano no alcanza á describir. Era una música divina que sobrepasaba en sus arranques á Listz Wagner, Beethoven, Mendelsohn y demás genios de la composición. Era como la plegaria que los coros de ángeles deben entonar en el Empíreo; como la queja sin fin del alma que sufre. Aquella melodía pasaba rápidamente del desaliento á la esperanza; tan pronto semejaba la tempestad que encrespalas olas del mar y hace retumbar el trueno, como la brisa juguetona que pasa murmurándole amor á las flores. Terminó el violinista con una nota aguda, sublime, desgarradora, que se remontó á las esferas, para perderse en el admirable concierto de los mundos.

Quien así arrebatava con su inspiración era Aden, que en el divino lenguaje de la música daba expansión á su espíritu, manifestando la tempestad que se desataba en su alma.

JAJALJIT.

Mayo de 1894.



EL TRIUNFO DE UN POETA

I

Aquel día volvió Alfredo de Banville más triste que de costumbre á su miserable buhardilla. Su jefe le había amenazado el día anterior por tercera vez con la cesantía si faltaba aunque fuese levemente al cumplimiento de su deber, y por la mañana había llegado con hora y media de retraso á la oficina. En la puerta le esperaba el portero con un oficio del Ministro en que se le declaraba cesante; al leerlo sintió que la sangre se le helaba en el cuerpo y que le flaqueaban las piernas. Ese papel era su sentencia de muerte. ¿Qué iba á hacer sin el miserable sueldo que le daba la vida?

Se hubiera quitado la existencia si una risueña ilusión no le alentara: su poema estaba concluído y sólo faltaban quince días para el 14 de Julio en cuya noche debía celebrarse el concurso literario abierto por el Gobierno francés con objeto de festejar este aniversario glorioso para la libertad.

Aquella composición en que había empleado largos meses de trabajo continuo; noches de vigilia pasadas ante las blancas cuartillas de papel que le convidaban á dar vida á los mil pensamientos que poblaban su mente y que le acababa de costar el pobre empleo, debía recorrer, según su fantasía, el mundo entero en alas de la fama.

En ella había desahogado todas las amarguras de su alma enferma: era la canción del dolor, el him-

no de la desgracia, que hacía tiempo pugnaba por salir de su corazón, embellecido ¡oh sarcasmo! con las galas divinas de la poesía.

Había agotado todos los recursos del arte por hacerlo espejo de la humanidad que sufre. En sus páginas se veía desde el mísero mendigo que en nombre de Dios pide un pedazo de pan, hasta el poderoso que en vano busca en sus riquezas la felicidad.—Desde el pueril dolor del niño al ver trocarse en polvo las áureas alas de la codiciada mariposa, hasta el de la amante madre al ver el cádaver del hijo querido.....

Su poema para él era todo.

En las noches de luna cuando sentado frente á la ventana contemplaba el cielo bordado de innumerables estrellas y recitaba sus versos llenos de inefable música, mil sueños llenaban su cabeza.

Se figuraba con la frente ceñida de laurel, confundido por los honores de la multitud entusiasmada, y era feliz con las caricias de su imaginación.

Las dos semanas que para la celebración del concurso faltaban, presentábanse negras, sin un bocado de pan, ni un poco de luz para alumbrar su desventura; pero ¿qué importa soportar hambre dos, tres, cuatro días, si después ha de venir la bonanza de toda la vida?—Sí, su obra le había de dar mucho oro.

II

Llegó por fin la fecha deseada.

París inteligente llenaba en abigarrado tropel los salones y corredores del palacio en que se verificaba el hermoso torneo intelectual, en el cual medían sus fuerzas los primeros poetas nacionales.

Había gran ansiedad por conocer quién se llevaría la palma del triunfo, y se hacían apuestas, se discutían las probabilidades, con verdadero entusiasmo.

—Sólo un nombre no se llegó á mentar por sér

completamente ignorado: el de Alfredo. Allí estaba él sentado en un rincón, vestido miserablemente, con la escasez y los trabajos pintados en el rostro, contrastando con la multitud lujosa, rica, feliz en su mayor parte.

Un grupo que estaba cerca, se burlaba de él creyendo que era loco. Hubo un momento en que lo comprendió así, y sintió ganas de poder aplastar con gloria á aquellos necios.

Se abrió la sesión, y la sorpresa llegó á su colmo cuando el tribunal supremo declaró vencedor á Banville, el cual fue llevado con la corona en la frente al trono destinado al elegido de las musas.

La Marsellesa le saludaba con sus notas viriles. Representantes de varias corporaciones de Francia, principiaron á desfilár ante él; pero no habían dado diez pasos los primeros, cuando se detuvieron espantados: el que ocupaba el trono era un cadáver.

Alfredo de Banville había muerto, víctima del hambre y de los sufrimientos, en el lugar mismo en que su genio le declarara vencedor.

ERNESTO MARTÍN C.





A los toros! A los toros! 7

— ¡Grandioso espectáculo el de la lucha der hombre con la fiera ! nos decía hace poco un español de los de la inmigración de Mendiola con es modo característico que tienen ellos para hablar y que como buen hijo de la patria del Cid y de Pelayo es ardiente entusiasta por las corridas de toros: *Misté*, en España, er día que no quiten lo cuerno no vamo á morir toos como lo pececillo fuera del líquido elemento; hay pare de familia que empeña las prenda de su mujé pa darse er gustazo de presenciar una corría; aquí donde me ven utede he visto *despenar* do mil se-teciento bicho.

—Demonio !

—He asistió á tanta corriás como pelos tiene un gato y no e por nada, pero Lagartijo y Frascuelo tomaron conmigo una copa en er café hace cinco años; aquí, en este pedacito de tierra, nadie, está usté? nadie entiende del arte taurino; vamo á ve, ¿qué saben utede de lo que e poner un par de banderilla ar quiebro, ó á topa-carnero, ó cuarteando, al sesgo, á toro parao, de sobaquillo ó al *traquerno*? ¿Qué entienden utede de cortarle lo pie ar toro, así como lo hizo er negro Facurtades en la corría pasaa? Que entienden utede de *encunarse*, ni de naa?

En Cota Rica sólo saben der cultivo der café y naa más. Van utede á una corría en Epaña, pero á una verdadera corría, y se quedan con la boca en forma de cero. ¿Qué público aquel ! Aquello e grán-

dioso; ve uzté allá una manola, una rica jembra. . . . Jesús María! y qué entusiasmo! Hace la cuadrilla er paseo de costumbre, lleva el alguacil la llave del toril al portero de los pincha-pencos, sueltan lo torero lo capote de ceremonia y toman los de lidia y apenas sale er bicho de estampía, pero no bicho como lo de aquí que sólo sirven pa el matadero y el yugo, aquello tiene lo cuerno como navaja de Albacete, er público siente hervir la sangre y todo bailan der gusto en los parques y los tendíos.

Allí er toro, en un abrir y cerrar de ojo, ha *despenao* á una docena de alimañas y los picaores se quedan á descubierto y si lo torero no acuden y se tiran al quite, buena cuenta dan de los infelice; va er diestro y pone dos yerrecitos en el aire á topa-carnero, al sesgo ó cuarteando; Jesús María! Y cuando llega la hora de que *despenen* al bicho aquello e pa relamerse del gusto: er diestro contoneándose con mucho garbo, depués der brindis, busca er toro, se pone en suerte; er cornúpedo se lanza sobre er bulto con malas intenciones, pero er diestro se queda tan fresco, hace uno ó dos pases, se arma y se tira pa alante y de un mete y saca lo deja tendido sobre la arena en tanto que er público estalla en una tormenta de parmas y le arroja puros, sombreros, sortijas, y las jembras se sienten enamoraas del mataor.

Así habló aquel descendiente de Covadonga; rojo como una guinda en el ardor de su entusiasmo por las *corrias* de toros y como uno de los oyentes se atreviera á decirle que esa era una costumbre muy salvaje, estuvo á punto de reventarlo contra un poste de teléfonos.

Sabido es que en la península Ibérica tienen en más estima á Frascuelo y Lagartijo que al mismísimo Castelar. Tengan los españoles toros y buenos toreros, aunque carezcan de lo más necesario para la vida. Primero se quedan en cueros que sin un durillo para la próxima corrida, y donde les hable usted de *Mazantini*, *Carancha* ó *Espartero* ya están ellos con la mirada centellante de júbilo y el rostro animado y

muy mal le va si no lo convidan enseguida á comer en el Gran Café, con vino y todo.

En días pasados me decía un madrileño recién venido:

—Yo he venido á Costa Rica á hacer fortuna, pero apenas se larguen de aquí *Morenito y Frascuelillo*, me pongo al otro lado del Atlántico, aunque me vaya hasta sin ropa interior; yo no puedo vivir sin el toreo.

Y como le elogiara el valor y la destreza de los españoles para despachar un bicho y le dijera entre otras cosas que las corridas de toros eran una costumbre sana y nutritiva para el espíritu, me cogió por la solapa de la americana y me dijo:

—Nada, chico, te vienes conmigo á donde Benedictis.

Sin esperar que me lo repitiera lo seguí y me dí un atracón de lo firme á costa de aquel fanático, condenando interiormente la costumbre del toreo.

Perdonen esta debilidad los valientes iberos: en cuanto no más viera á *Facultades* con la espada en la diestra dispuesto á despachar un chiricano (toro, se entiende) me pondría á temblar como un junco y se me helaría la sangre en las venas como le pasa á nuestras sensibles señoritas.

Allá ustedes en los *Madriles* viendo *corrias* donde mueren 50 caballos y les rompen las costillas á 10 *picaores*. No todos tienen alma de cántaro para ver morir un animal á manos de otro animal.

A pesar de todo, con la llegada de la cuadrilla española á estas playas hospitalarias, se empieza á despertar entre nosotros el amor al arte tauromáquico y andan por ahí muchos que están haciendo un lío de sus ropas dispuestos á marcharse para España por sólo darse el gustazo de conocer á los diestros de más fama, y poder admirar la cornamenta y fiereza de los toros de Miura.

Otros hay que ya se despepitan por pegarle un par de banderillas aunque sea al casero cuando va á cobrar el mes, y no es de extrañar que algún esposo sin ocupación se pase el día haciéndole suertes á la

mujer ó enseñando á los chicos algunos pases y quites.

Una señorita conozco yo, bastante fea, con la nariz ídem á un panecillo, que está enamorada perdida de *Facultades* á pesar de ser éste uno de los primeros feos del continente.

Otra buena moza de mi vecindario se derrite por el *Morenito* y apenas lo ve en el redondel con la capa al hombro, muy apuesto y "*muy garboso er gacho*", pone los ojos lo mismo que dos lamparillas de luz incandescente.

El día menos pensado se sabe de una que se ha tirado de cabeza en el Torres enamorada de las pantorrillas del *Niño*.

Por lo demás, ¡Viva la *juerga* y viva España y Lagartijo! Que cada cual se gaste un peso y medio en un billete para la corrida aunque se quede sin zapatos para el invierno.

Es indudable, el entusiasmo por las corridas de toros se despierta hasta en la personas serias y anda cada marido por ahí, que sin los cuernos no puede vivir como Dios manda.

San José, Abril 29 de 1894.

T. QUIRÓS.



CUARTILLAS

Revista quincenal

CONDICIONES DE VENTA

Trimestre..... \$ 2-00
Número suelto..... 0-50

Pago adelantado

Administrador,

ANTONIO FONT

6ª Avenida E., N° 39

San José, C. R.